

11XDOS



1 1X DOS

IMATGE DE PORTADA: MARIA NADAL

11XDOS

ANA ASPE 8

Pasión canina

Tapas gruesas y negras

ANA HERNÁNDEZ 11

¿Es realmente un animal?

La noticia

CARME CASTELLTORT 15

El negoci

Els robots tenen sentiments

ELENA CARRERAS 20

La foscor

Una passejada tranquil·la

GLÒRIA PÉREZ 22

La trucada

El concert

JOAN PORTALES 26

Les ganxeteres del Volga

SFH

LILIANA MERCADO 31

Doncs dues tasses

La senyora Manuela i l'Omar

MARIA NADAL 37

Lloc de trobada

Mal de queixalades

MARIÁNGELES PRAT 40

En la batalla

Huyendo del peligro

MERCÈ SERRA 45

Núria

Un dia en una
residència catalana

TERE BAS 50

Cris

¿Dónde estás?

«Es pot aprendre a escriure?» Aquesta clàssica pregunta qüestiona l'existència dels cursos d'escriptura, però també la vertadera essència de l'art: és innat i intransferible, o un conjunt de tècniques que es poden aprendre?

Als anys vuitanta van aparèixer els primers tallers d'escriptura com a alternativa a propostes acadèmiques més rigoroses, i es van implantar en escoles d'estiu i centres municipals. Sovint eren també activitats privades, d'un sol escriptor amb un cert renom.

L'èxit d'aquests tallers, que cap als noranta va propiciar la creació d'escoles d'escriptura que organitzaven programes per cursos, mostra que, com a mínim, hi ha un gran interès per explorar les capacitats creatives a partir del llenguatge. Més tard encara vindria el retorn a l'àmbit universitari i la creació dels recents màsters, però també l'expansió de tallers en centres cívics i culturals, i en biblioteques, com una oferta més a peu de carrer.

El centre cívic Casa Sagnier ha ofert des del 2014 tallers d'escriptura creativa, amb continuïtat a la Vil·la Urània des del 2018. S'hi acosta gent que només vol descobrir si les ganes d'escriure de tota la vida responen a algun tipus de talent, però també qui vol fer una obra publicable; persones amb necessitat d'expressar neguits interiors i d'altres amb intenció de passar una estona agradable narrant anècdotes. Hi ha qui vol inventar mons imaginaris i qui ve a resseguir els fils de la seva història familiar.

Tot i la diferència d'edat, de projecte, d'idees –literàries o polítiques, religioses o socials–, els grups de la Vil·la Urània saben trobar interès al moment clau en què l'escrit posa en comú emocions i sentiments. El taller no és, per als seus participants, un curs tècnic –que també–, sinó sobretot una trobada, un intercanvi. A través dels relats ens anem coneixent en profunditat, i potser no sabem on viu el company o quantes netes té la companya, però en canvi, coneixem les seves pors, aquell record inesborrable d'infantesa o allò que el fa riure o emocionar.

Cadascú té el seu món i també la seva manera d'expressar-lo. Anem trobant un camí dins de la correcció i l'expressivitat, però

queden intactes les marques personals: la veu que denúncia o poetitza, la mirada de malícia o de tendresa, la concisió o el preciosisme.

Quan un grup funciona amb un bon grau de compenetració, no solament es fan amics i es passen bones vetllades, sinó que l'escriptura germina més fàcilment gràcies a la col·laboració dels altres. Per això serveix un taller: per alliberar-se de la inseguretat que genera la creació individual. En aquests anys ens han crescut contes d'amor i de mort, de denúncia i de somnis, de decepcions, nostàlgies, esperances, paradoxes, humor, reflexió... De tot una mica. Diversos com els seus autors.

A 11xDos mostrem el treball d'onze alumnes del centre cívica, i cadascú aporta dos contes. Vint-i-dos relats que presenten veus i tons diferents, enfocaments diversos i arguments que poden resultar més o menys atractius, però que sempre apunten cap a un sentit que va més enllà de l'anècdota. Ja que aquest és un aspecte fonamental de la literatura: la dimensió del què es vol dir.

Esperem que aquests vint-i-dos relats mostrin, des de la seva diversitat, que la curiositat i la fantasia ens fan iguals.

Susana Camps,
Professora de Narrativa

ANA ASPE

Nací en el mes de mayo, mes de las flores, tuve una educación religiosa y hasta un exorcismo por traviesa. Mi padre me encargaba escribir cartas, lo que me creó el hábito de la escritura. Escribí a mis novios, fui maestra, me enamoré, tuve hijos, y ahora escribo para divertirme.

PASIÓN CANINA

Mónica pasea cada mañana a su perro Luc, un pastor alemán, fuerte, cariñoso y protector. Hace un mes que ni ladra ni come, y cuando pasea lo hace sin ilusión, cabizbajo, arrastrando las patas traseras. El veterinario que lo ha visitado dice que no tiene nada, que está bien, pero Mónica está preocupada por Luc, con el que ha convivido diez años.

Pura, la vecina de su casa, amiga y compañera, tenía un perro que un día desapareció. Pero una mañana encontró una linda perrita, quizá perdida, abandonada, enferma y con heridas. La curó, le dio de comer y sus ojos ya brillaron siempre. Le puso de nombre Luna y poco a poco respondía a su nombre.

Mónica pasó por delante de la casa de Pura para ver cómo estaba la deliciosa Luna. Al encontrarse, Luna y Luc se quedaron parados mirándose fijamente. Luna cerró los ojos, y Luc se fue acercando poco a poco. Ella lamió su cara, él hizo lo mismo con su pelo, y pareció que sonreían.

Luc olvidó su cansancio: corría al lado de Luna, y Luna saltaba a su alrededor.

Al regresar, Luna no se quedó en su casa, sino que siguió andando al lado de Mónica y ni siquiera giraba la cabeza cuando la llamaban.

Mónica les preparó una mantita dentro de la casa y allí pasaron la noche. La pata delantera de Luna acariciaba el torso de Luc mientras él lamía su cara y sus orejas.

Se enamoraron como cualquiera de nosotros.

TAPAS GRUESAS Y NEGRAS,
CON UN GRAN TÍTULO
EN BLANCO: LIBRO PARA MAYORES

Cuando Álex llegó a su casa, su madre, después de abrazarle como cada día, abrió su cartera para ayudarle a hacer los deberes.

No podía creer lo que veía. Era un gran libro negro y, sobre todo, ¡ese título! Un tanto asustada le preguntó: Álex ¿quién te ha dado este libro? A lo que el niño contestó: el profe nuevo, ese tan guai. Nos ha dicho que nos gustará, que con él aprenderemos más rápido a leer y sobre todo cosas nuevas, ¡es una bomba! Ha dicho que no podemos leer la última tapa hasta que lo terminemos.

Cada vez más asustada, su madre no se atrevía a abrirlo. Oyó el timbre y su cara cambió, ¡menos mal! Seremos dos para investigar, eso la tranquilizó.

El padre abrazó al niño y charló con él. Tenía que acompañarle al fútbol, pero intentando no darle importancia, la madre le mostró el libro, y como la cosa más natural dijo: Se lo han dado en el cole, ese profe nuevo, el que dice Álex que es muy guai ¿Qué te parece? El padre, contemplando el libro, dijo: Tiene gracia que sea negro, quizás es para llamar la atención de los niños. Seguramente será interesante, los niños tienen que saber y conocer cosas nuevas. Álex empieza a ser mayor, ya tiene nueve años.

Verdaderamente el niño quería empezar a leer ese misterioso libro negro.

Lo abrió, y empezaba de la siguiente manera:

No debes leer la última tapa hasta que lo termines.

¿Te parece que a tu madre le ha gustado el libro?

¿Crees que a tu padre le ha parecido guai?

¿Qué crees tú que quiere decir MAYORES?

¿Por qué negro?

Como puedes ver, he dejado hojas en blanco para que tú escribas lo que te apetezca.

No borres nada, y recuerda, no des la vuelta al libro hasta que termines y pon CONTINUARÁ...

.... A partir de los cinco años.

ANA HERNÁNDEZ

Aficionada desde joven a la lectura y la escritura. Me inicié escribiendo poesía sobre los avatares de la vida y del amor. Ahora que dispongo de más tiempo, dedico algunas horas a escribir relatos en los que narro experiencias propias, las de otros y de pura fantasía.

¿ES REALMENTE UN ANIMAL?

Llegué a la plenitud de la vida con un trabajo magnífico, una mujer a la que adoraba y dos hijos estupendos. Mi vida transcurría como la de todos los demás, sin sobresaltos difíciles de digerir, aunque con una pequeña peculiaridad. Pero al fin al cabo me consideraba una persona feliz.

Tuve la enorme suerte de encontrar un trabajo cuyo edificio se hallaba situado en el centro de un parque. Y digo suerte porque soy un hombre a quien le gusta la naturaleza, con lo cual tuve la oportunidad de disfrutar de largos paseos sobre la hierba húmeda en verano y sobre las hojas secas en invierno, dejando hablar a mi imaginación.

Mientras mis compañeros almorzaban en el bar que se encontraba en el interior del edificio donde estaban las oficinas, yo salía al exterior porque deseaba sentarme en el banco, en mi banco, bajo la mimosa de flores amarillas desmayadas, a comer el almuerzo que mi esposa, con tanto cariño, me había preparado. Me sentaba como de costumbre y al poco rato aparecía un extraño animalito de pelaje plateado, y entablábamos una breve conversación. Al principio solo eran unos minutos, mientras desenvolvía el bocadillo y lo comía, pero poco a poco fue quedándose más tiempo conmigo.

Un año después, el trabajo ya no era tan ameno como al principio, sino que se hizo monótono y pesado y no me motivaba de la misma manera que cuando empecé, con lo cual cuando salía a almorzar, me sentaba en el banco y esperaba al animal. Solo eso me satisfacía. Y aquellas pequeñas y controladas conversaciones que tenía con él se convirtieron en largas y filosóficas, y ocupaban más tiempo del oportuno y siempre llegaba tarde a la oficina siendo la comidilla de mis compañeros. Descubrí que cuanto más tarde llegaba al trabajo más grande se hacía el animal, y cuanto más grande era el animal más empequeñecía yo, y eso me causaba una inmensa inseguridad.

Meses después perdí el trabajo porque ya no volvía a la oficina después de almorzar: me quedaba sosteniendo largas conversaciones con el animal, que para aquel entonces ya se había hecho mucho mayor.

Tras el despido seguí acudiendo al parque y sentándome en el mismo banco, porque la necesidad de verle se hacía cada vez más imperiosa. Los compañeros al principio me saludaban, pero poco a poco dejaron de hacerlo. Desayunaba en el parque, comía y cenaba también en el parque, y el animal cada vez era más grande. Llegaba a casa a altas horas de la madrugada porque él acaparaba todo mi tiempo. Un día, al volver a casa me encontré una nota de mi esposa: me decía que se marchaba. Mis hijos, ya independientes, se fueron poco después. Con el tiempo ya no dormía en casa porque la soledad se había instalado en ella. Perdí la vivienda. La apatía y la falta de energía calaron en mi interior. Dormía en el banco, junto al animal, que ahora se había hecho enorme. Salí huyendo de los amigos que me quisieron ayudar, y no volqué resentimiento en ellos sino en mí mismo. Eso te destruye y te debilita. Poco a poco todos se fueron marchando, pero el animal seguía conmigo a diario y su tamaño aumentaba, mientras yo disminuía y se instalaban en mí sentimientos de odio hacia todo aquello que me rodeaba.

Ahora, sentado en el banco, con una botella de vino en la mano para que los recuerdos no me destruyan, largas barbas, pelo grasiento y bolsas colgadas de un carrito de supermercado, hay quien me deja comida, ropa e incluso unas monedas, y el animal, de una enormidad extrema, ya no se separa de mi lado.

—Luis, me ha dicho el jefe que tengo que cubrir una noticia para el diario del sábado —me dice Óscar a la salida de la redacción—. Si no le entrego el artículo con fotos antes de las doce del medio-día del viernes, no nos renueva el contrato ni a ti ni a mí.

—¿Y qué podemos hacer?

—Se me ha ocurrido una idea. ¡Coge la cámara que nos vamos!

Óscar es la persona más intrépida que conozco, con una gran curiosidad y ágil con las palabras. Tiene una mirada crítica y es independiente como sus artículos. Las cualidades que necesita tener un buen periodista.

—¿Adónde vamos?

—¿Tú quieres que nos despidan? ¡pues sígueme!

Cogemos el coche y nos dirigimos a un pueblecito que Óscar conoce, a unos pocos kilómetros de la ciudad.

—Pararemos en una gasolinera antes de llegar al pueblo —me dice Óscar mientras conduce.

—¿No tienes gasolina?

—No, no es eso, confía en mí.

—¿Para qué quieres la gasolina entonces?

—¡Ya lo verás!

Unos kilómetros después de salir de la gasolinera entramos por un camino sin asfaltar, con marcas de neumáticos que han ido dejando en la tierra los pocos vehículos que han transitado por allí. Está completamente a oscuras. Al final del camino aparece un pueblo deshabitado y sin una sola luz que lo ilumine. El silencio es absoluto en cada rincón por donde pasa el coche, y la sensación de miedo se hace latente en mí. Óscar no lo tiene, se mueve en la oscuridad como si visitara el pueblo a diario. Nos paramos delante de una casa.

—¡Mira, aquí es! — dice, bajándose del coche.

—¿Qué hacemos aquí si no hay nadie?

—Buscamos la noticia.

La única fuente de luz que tenemos son los faros del coche y una linterna que ha encontrado Óscar en el asiento trasero.

—La casa tiene granero y cuadra de madera. Arderá más rápido.

—¿Pero qué quieres hacer? ¡Estás loco!

—¿Quieres mantener tu puesto de trabajo?

Confirmo atónito la intención de Óscar cuando baja del coche y del maletero saca el bidón de gasolina. Rocía el perímetro de la casa. Enciende una cerilla y la lanza sobre el charco que el combustible ha dejado en la puerta.

La casa arde con gran virulencia en un instante, y Óscar, sin inmutarse, guarda de nuevo el bidón en el maletero del coche. Las llamas nerviosas escalan por las paredes del granero formando inquietantes figuras de colores anaranjados. El crujido de la madera, causa un gran estrépito en el silencio del lugar, y las llamas se propagan hasta las cuadras, que empiezan a arder sin ningún esfuerzo. Aquel hogar de antaño queda envuelto en llamas y se convierte en una bola de fuego que avanza y se propaga a unas casas, más abajo. Pronto el pueblo arde por los cuatro costados. Tomo varias fotografías desconcertado por lo que está ocurriendo. Entretanto, Óscar escribe en su cuaderno, de forma compulsiva, el artículo que nos va a mantener en el periódico algo más de tiempo.

—Aquí tienes la noticia, Luis: *“¿Qué o quién ha incendiado el pueblo fantasma?”*

CARME CASTELLTORT

L'educació dels adolescents i joves ha omplert la meva vida. He gaudit molt treballant amb ells i em sento satisfeta de la tasca feta. Un cop jubilada, i gràcies al taller d'escriptura, he descobert que m'encanta explicar històries: posar-me davant de l'ordinador, deixar anar la imaginació, lligar els personatges amb els fets que vull explicar, i que tot plegat tingui sentit és un petit miracle. Repasso la narració una vegada i una altra fins que la dono per bona, i m'agrada com sona al llegir-la en veu alta. Tot un fascinant plaer creatiu.

EL NEGOCI

—Em vols acompanyar aquest cap de setmana a la Vall d'Aran? —em diu el meu amic Manel—. Podem marxar el divendres a la nit i així el dissabte esquiarem tot el dia. Els meus pares tenen un apartament allà.

Dit i fet! Em ve a recollir al sortir de treballar. Parlem alegrement i escoltem música tot el viatge. Sopem una pizza al costat de la llar de foc i l'entorn es presta a confidències. El Manel comenta que el seu negoci està passant per un mal moment financer però que espera una entrada de diners important en pocs dies que l'ajudaran a fer el tomb. Se'l nota confiat i jo me n'alegro.

Al matí següent, entro a la cuina seguint un deliciós aroma de cafè. Miro per la finestra el paisatge. Ahir a la nit, a l'arribar, tot era fosc i no vaig veure el que ens envoltava. Gaudeixo dels pics blancs, de la prada encara verda i de les vaques que pasturen a prop. El Manel em deixa botes i esquís i sortim a buscar el cotxe. Al carrer, me n'adono que l'apartament dels pares del Manel és bonic però que no té res a veure amb la torre veïna. Allò sí que és una mansió de muntanya! I no puc deixar de pensar quina fortuna deuen tenir els propietaris. Precisament en aquell moment, surt de la casa un home acompanyat del seu fill, d'uns set anys. Ens saludem, ens felicitem pel dia esplèndid

que tindrem i tots agafem els vehicles per anar cap a les pistes de Vaquèira.

Fem unes quantes baixades aprofitant que la neu està espectacular. En un moment donat, el meu amic em demana que li faci un vídeo baixant una forta pendent acabada en corba. Vol fer una derrapada i que en quedi constància gravada per "fardar" una mica. Preparo el mòbil; ell baixa molt ràpid i quan comença a girar, li surt lateralment un altre esquiador, s'estampa contra ell i el fa caure. Jo ho he gravat tot. L'esquiador es treu el casc i resulta ser el fill del veí. De seguida s'acosta el pare, que pregunta què ha passat. El Manel es posa de peu i contesta:

—Ja veus, el teu fill se m'ha tirat a sobre.

—T'has fet mal?

—No puc caminar, em fa molt mal el peu, o el turmell, no sé...

—Quin greu em sap —diu el pare—. Manel, estic a la teva disposició, vols que t'acompanyi al metge?

—No cal, no pateixis. No serà res i tinc el meu amic que ho pot fer.

—Insisteixo, estic al teu costat pel que necessitis. Pots comptar amb mi. I evidentment, si no tens assegurança em faré càrrec de les despeses.

Ens acomiadem i el Manel em dona les claus del cotxe perquè condueixi jo. Li fa mal el turmell i quan es treu la bota el té molt inflammat. Sap que ha d'anar a l'hospital a que li valorin la lesió i creu millor baixar a Barcelona.

El viatge de tornada el fem pràcticament en silenci, sols se senten els seus gemecs quan canvia de postura. Arribem al centre mèdic i allà ja l'està esperant el seu pare que agraeix la meua ajuda. Ara se'n fa càrrec ell.

El dilluns el truco per saber com es troba i em demana que el vagi a veure perquè encara està ingressat. Quan arribo, m'explica que l'han operat, que li han posat un clau per fixar els ossos. Encara que molt aparatosa, la lesió no és greu, se'l veu bé i content. Em pregunta si li puc ensenyar el vídeo que vaig gravar. Així ho faig. Realment, sóc bo! Es veu la baixada ràpida, la forta patacada, el nen espantat i el Manel a terra.

—Envia-me'l -em diu.

Cosa que faig a l'instant. Quan ja el té al seu mòbil, esclata a riure i em dona una forta abraçada. El miro estranyat i es veu obligat a explicar-se:

—Recordes que et vaig dir que en pocs dies esperava una entrada important de diners per salvar el meu negoci? Doncs ja els tinc! Presentaré una denúncia al meu veí contra el seu fill per les lesions que m'ha provocat. Resulta que esquia fora de pista i em va envestir de través. Com a prova presentaré la gravació. L'advocat m'ha dit que en trauré una bona "pasta"!

El miro sense comprendre exactament el que vol dir, i segueix parlant:

—Havia estudiat unes quantes vegades com esquiaven pare i fill i vaig planificar l'accident. Era fàcil, sempre seguien el mateix patró. Em vaig preparar per rebre el cop però necessitava algú que ho gravés i t'ho vaig demanar....

Surto donant un cop de porta. Em sento totalment utilitzat pel Manel. Acaba de perdre un amic.

ELS ROBOTS TENEN SENTIMENTS?

Com que de nen ja qüestionava tot el que veia i no parava de fer preguntes, a casa els va semblar molt adient que volgués estudiar Física, encara que també proposaven que fes Filosofia per gestionar el meu esperit crític. Per fer-los contents, primer vaig fer una carrera i després l'altra i ara soc un físic filòsof o un filòsof físic, tant se val. Per què explico això? Doncs perquè la meua vida s'ha complicat darrerament degut als meus descobriments.

Anem a pams! Vaig triar: "Els robots tenen sentiments?" com a tema de doctorat l'any 2020 i dubtava a quina facultat presentar-ho. Ho vaig comentar a les dues i em van proposar que ho fes interdisciplinari i que quan obtingues resultats, ja decidiríem on era més convenient defensar la tesi.

He dedicat set anys de la meua vida a la construcció d'un robot a l'empar de la facultat de Física. He empleat força temps a l'elaboració dels components electrònics i al seu assemblatge. Això no va ser el més difícil, ja que molts companys científics havien publicat com fer-ho. Per al meu experiment, necessitava que l'androide s'assemblés el màxim possible a un home jove. Vaig visitar moltes empreses i universitats fins que vaig trobar tots els ingredients que necessitava; el producte final va ser un noi de faccions correctes i tot ell proporcionat, però amb els ulls inexpressius. Llavors em vaig passar pels filòsofs per veure quina aportació feien per solucionar el problema. Em van dir que si aconseguíem que tingués les característiques pròpies dels humans: intel·ligència, capacitat de pensar, de sentir plaer, de raonar, de tenir moralitat..., la seva mirada seria humana. Em vaig posar a treballar en els algorismes que ho farien possible i després de cinc anys estava content del resultat.

El vaig batejar com a Raül, i sortíem junts a tot arreu: a córrer, a treballar, de festa, al parc. Vaig observar que reia als infants, que ajudava a travessar el carrer a les senyores grans, que es posava vermell davant d'una dona maca... Complia les premisses que jo havia programat.

Un dia, en un dels nostres passejos, vàrem trobar una noieta d'una complexió semblant a la seva. Era com una nineta, rossa, amb els ulls blaus, i el Raül de cop i volta va deixar de fer-me cas, em va deixar plantat i la va seguir. A la força, me'l vaig endur cap a casa i després de llegir-li la cartilla, em va dir que s'havia enamorat.

—Deixa'm —em va dir el Raül— no has vist que bonica és? Vull anar amb ella.

—No pot ser, tu ets un robot, el meu robot. Tot el que ets m'ho deus a mi.

—Molt egoista per part teua! Em fas guapo, intel·ligent, amb sentiments, i ara no hem deixes seguir el meu instint. Ho sento! M'has programat tan bé, has fet tan bé la teua feina, que tinc recursos per anar-la a buscar i estar amb ella.

I així va ser. Es va escapar, va trobar la noia i li va preguntar si volia ser la seva xicota. Ella, vergonyosa, li va dir que sí i varen començar un festeig tradicional: llargues passejades agafats de la mà, algun petó i abraçades. Tot anava molt bé fins el dia que varen voler fer l'amor.

I aquí estic, esperant la resposta del jutge a la denúncia de negligència que ha presentat contra meu per no haver-li construït correctament l'aparell sexual masculí. El tribunal, format per androides i humans, em demana que em posi de peu per escoltar el veredict. Em condemnen a vagar per l'espai durant deu anys.

El Raül, davant meu, somriu fredament, mentre li rellisca per la galta una llàgrima que tenia programada per quan a mi em fessin mal.

ELENA CARRERAS

Llegir, viatjar i escoltar música són els plaers de la meva vida. I després, plasmar en un paper totes les emocions que això em suscita. Tinc la sensació que, si no ho faig, es poden escapar. Els anys de vida laboral, ensenyant Tai-txi i Qi-gong, no m'han deixat el temps suficient per escriure amb regularitat. Ara tinc el temps, l'espai i la il·lusió per gaudir-ho i compartir-ho.

LA FOSCOR

La Marta va obrir lentament els ulls. Era fosc, no sabia on era ni com hi havia arribat. Estava en una habitació petita. En un racó hi havia una llum. No hi havia finestres.

Una olor espessa i enganxosa l'envoltava. Sentia que el fred se li clavava als ossos en forma de milers d'agulles. Li va pujar un gust agre a la boca que quasi la va fer sentir nàusees. Estava en un llit. Intentava aixecar-se i no podia. Va observar horroritzada que tenia els braços i les cames inertes, sense moviment, i l'angoixa va començar a estrènyer-li el cor. Tenia la sensació de no poder respirar. No sabia el que li estava passant.

Recordava crits i cops. Però quan temps feia? I per què?

Va sentir uns passos i unes veus que anaven prenen forma. Eren dos? No, tres persones que s'acostaven. Seguia sense poder moure's.

La porta es va obrir. Eren tres homes. Portaven una mascareta. Li van injectar alguna cosa, i una veu li va dir dolçament:

—Marta, ha tingut un accident. Anem a quiròfan. Estigui tranquil·la.

I els ulls se li van tancar.

Vist des de la Diagonal, el Passeig de Gràcia és una de les vies més boniques del món.

Al matí és ple de vida. Està cosit de botigues de prestigi, barrejades amb despatxos de grans firmes. Els edificis modernistes, les rajoles, els fanals, passant pels aparadors, tot és disseny.

L'Anna i la Montse, sota el prisma dels seus setanta anys, passen tranquil·lament observant la gent. El sol els acaricia la cara i la temperatura és molt agradable.

Al cap d'una estona, s'asseuen a un banc dels que s'estenen al llarg de tot el passeig.

—És bonic asseure's aquí —diu la Montse.

—Sí, es pot contemplar a la gent com passeja.

—Veus aquell noi que porta un anorac blau i la caputxa posada?

—Sí, sembla que estigui nerviós. A veure què fa.

—Mira! Ara s'acosta a aquella cantonada. Allà! al costat de la Pedrera.

—Hi ha molta cua, hauríem d'avisar al guarda de seguretat?

—Esperem una mica, que potser podem fer el ridícul.

Les dues amigues observen atentament. El noi s'acosta a dues senyores grans de la cua. Semblen ingleses i una mica despistades. Són un blanc perfecte.

La Montse i l'Anna, sense dir-se res, s'aixequen i amb gran audàcia corren cap al noi de l'anorac blau. Se li tiren a sobre al mateix moment que ell posa la mà a la bossa d'una de les turistes. L'anglesa, espantada, dóna un cop de motxilla al cap del lladre. Actuen ràpidament, sense parlar-se, com un equip organitzat.

El guarda de seguretat es mira l'espectacle bocabadat, i solament reacciona quan veu avançar cap a ell les quatre dones amb el lladre reduït, acompanyades dels aplaudiments de tota la gent que les envolta.

La Montse i l'Anna tornen a asseure's al banc.

—Montse, quin dia mes emocionant!

—I tant! Demà hi podem tornar a veure què veiem.

GLÒRIA PÉREZ

Jugar amb la ficció i la realitat sempre m'ha divertit, probablement el fet de ser mestre hi ha ajudat. Entrellaçar sentiments i vivències en el joc literari és tot un art. Sóc de paraula fàcil, però més aviat escarida en l'expressió escrita. I com diu la dita" hi ha un temps per cada cosa i una cosa per cada temps". I el meu moment literari ha arribat amb la jubilació. Aprenc, gaudeixo i em diverteixo.

LA TRUCADA

El rellotge marca les tres. El metro no arriba. Quan ho fa, els vagons van atapeïts de gent amb aspecte cansat. Una noia de pell colrada i cabells rinxolats no para quieta, amb una revista es venta neguitosament. Una veu anuncia propera parada Urgell. La noia, capficada, baixa del comboi i amb pas desganat puja les escales. Al carrer fa molta calor. Una veu des de la vorera del davant la crida. La noia absent obra la porta del número setanta quatre.

Entra a casa d'una revolada i com una autòmat passa al menjador i engega la televisió. Damunt la taula hi ha restes de menjar, un cendrer, curull de puntes de cigarreta i unes copes amb regalims de vi negre, com esquitxos de sang.

S'asseu a la butaca i estira el braç per agafar uns coixins que reposen damunt del sofà. Els ensuma amb delicadesa mentre tanca els ulls. Mira el telèfon, hi posa la mà al damunt i com qui rep una descàrrega elèctrica, ràpidament deixa anar l'aparell i s'aixeca. Damunt la tauleta hi ha una nota: «T' estimo Ona, però necessito un temps per a mi. Victor».

Entra a la cuina i es prepara un entrepà i un got d'aigua. Ho posa en una safata, torna al menjador i clava unes queixalades mentre van sonant les notícies. Quan acaba, prepara una cafetera. Just

quan aquesta comença a esbufegar amb aromàtics sospirs, sona el telèfon. S'estremeix, fa un pas —quasi un salt— a la vegada que posa una mà al cor, i amb l'altra recargola el rínxol que li cau damunt del front. El cafè a punt de sobreixir del recipient. Una veu minsa li diu: Serà ell? S'apressa a agafar l'auricular.

—Ona?

—Sí

—Sóc la mare.

—Sí, ja. Ja t'he conegut.

—Nena, ja m'has comprat el gel que et vaig encomanar? És que el necessito.

—No mare, és que...

—No, si ja ho dic, jo: que a la capital tots aneu com una moto i ni penseu en els altres. Què, pujaràs aquesta setmana? Ton pare diu...

—Mare!

—No, si ja noto que no deus menjar gaire, aquest to de veu és de poca vitalitat. Nena, què has dinat avui?

—Doncs..

—No cal que ho diguis, segur que t'has fet un bimbo amb embotit del super, mira que t'ho dic que et baixis llonganissa de "Ca la Farrera", aquesta sí que és bona! Així...

—Mama! Escolta!

—Noia, que seca que estàs! Que molesto, potser?

—Mama!

—Com que només em respons amb monosíl·labs.

—...

—Ona,Ona?

—Què, mare?

—És que no et sentia i em pensava que s'havia tallat. Què feies ara?

— Doncs...

— No, no m'ho diguis de segur que estaves llegint, o potser

pensaves en aquell dropo? El que has de fer es airejar-te, eh, nena?

—Mama, no ...

—No, si encara el defensaràs, ja et dic jo! Avui et noto rara, segur que has menjat prou? Ah! Així que no pujaràs aquest cap de setmana? Vindrà ta germana amb els nens a dinar i després s'acostarà a prendre cafè en Xavier, aquell amic, el que treballa a "La Caixa", saps qui vull dir, oi? Què, doncs, t'animes?

—Mamaaa!

—Em fas patir, filla. Segur que et trobes bé? Ta germana s'ha comprat un cotxàs d'aquells de pel·lícula. Veus, va fer sort quedant-se al poble, el teu cunyat està fet un senyoràs.

—...

—Nena, nena! Que m'escoltes?

—Mare, tinc que apagar el cafè que.

—No fugis d'estudi. Això és que no vols explicar—me res més, carallota.

Tic, tic, tic...

—No et dic! Ara m'ha penjat!

L'Ona agafa el cordó del telèfon i l'arranca amb força.

—Adéu, mare! Adéu Victor!

El cafè l'espera. Negre, ben negre, sense sucre. Fa un glop. Una llàgrima llisca per la cara bruna de la Ona.

EL CONCERT

Una escletxa de llum s'escola per la persiana. M'estiro fent el mandra i somric recordant els moments d'ahir nit. Al·lucinant, sí, veritablement al·lucinant!

El meu debut com a solista en l'orquestra simfònica del Vallès serà ben recordat; almenys pel director, i molt més per mi. L'escena de la música clàssica ja té un nou personatge, ha sorgit una estrella inesperada, ha, ha! Ara ric, però el moment va ser quasi dramàtic. Per un instant vaig pensar que el concert acabaria en veritable tragèdia.

Portava tants dies preparant el debut! Les peces de Sibelius formaven part del meu respirar. Hores i hores a la meua habitació repetint el concert per violi op.47. Tancava els ulls i m'imaginava en el gran escenari. La sang em bullia d'impaciència esperant el moment que m'havien ofert...Tenia ben interioritzats tots els moviments de l'obra perquè tot sortís a la perfecció: sabia com n'era d'important la concentració; no et pots permetre cap distracció. No podia decebre al públic melòman que tindria davant.

Ahir nit va arribat el moment. Jo, ben vestit com requeria l'ocasió. La sala plena de gom a gom. L'orquestra estava preparada per interpretar la melodiosa música en el moment en que la batuta del director marqués l'inici. Quan vaig sortir amb el meu violi, el cor em saltava.

Escolto l'orquestra en els seus primers compassos atent al moviment del director per iniciar el meu solo. Ja estic immers en les notes que flueixen del meu violí. Quan començo el segon moviment, un allegro moderato, sento un so, un brunzir que voleteja per la meua orella. Noto al nas unes pessigolles. Una mosca empipadora! No tinc mà per apartar-la. Respiro, intento no desconcentrar-me, però la mosca collonera no para de molestar. El director em mira amb cara interrogant, com de "passa alguna cosa?".

La mosca no para quieta, com si féssim un pols a veure qui guanya! Un regalim de suor em llisca pel front. Premo amb força l'arquet perquè no s'escapi cap nota de les que marquen la partitura. En aquest moment la maleïda comença un ball amb les potes i ales... La deixo fer. Ha pres una decisió ràpida: s'instal·la sobre la punta del arquet i, com aquell que interpreta el gran concert, es manté quieta al llarg de tota la peça. Ambdós aconseguim fer un duet que, encara que sorprenent, no deixa de ser real. Una mosca violinista, magnífic!

El concert va acabar amb gran èxit i la mosca no va marxar fins finalitzar els llargs aplaudiment. Va obrir, tota cofoia, les seves petites ales per volar després de sentir-se intèrpret per un dia.

JOAN PORTALES

Després d'haver fet arrelar frondosos arbres, ajudat a créixer formosos fills i pròsperes empreses, ara, als 69 anys, de la mà de la trempada Susana Camps, intento escriure joiosos llibres, que és, n'estic segur, el que realment pretenia Nostre Senyor, i no el que es van entestar en aconseguir els meus Senyors Pares.

LES GANXETERES DEL VOLGA

Kolómenskoye (Rússia). 26/11/1890. 17.00 h.

El pes de la neu acumulada vincla els braços d'un espantaocells de sexe indefinit. A no gaire distància, la xemeneia d'una vella datxa fumeja. Dins seu, al voltant de l'estufa roent, les quatre amigues veïnes de l'amfitriona, la rossa Tatiana Morózov, celebren la seva ganxetada setmanal, que ha començat amb la cantada a cor dels *Remers del Volga*. Ara ataquen les seves respectives labors, ignorant que un vaquer cepat s'acosta al seu estatge.

—Ai! Quina il·lusió em fa teixir aquest pitet del rot pel meu futur net! —exclama la galta—roja Irina Petrov.

—Com s'haurà de dir? —li pregunta la guenya Anastasia Ivanov, que confecciona una samarreta imperi pel seu marit.

—Com vols que s'ho plantegin, si no saben si serà nen o nena? —replica l'arrugada Olga Bogdánov, gairebé acabant unes calces.

En Jim Murray —després d'expulsar la neu amuntegada en una cadira de la terrassa, i seure-hi—, sembla contemplar les profundes petjades que han marcat la seva arribada a la datxa. Al seu costat reposa una maleta desgastada que té varies etiquetes on podem llegir els noms d'hotels de ciutats com Nashville, New

York, Liverpool, Paris, Berlin i Moscou, així com una de la naviliera Atlantic Lines. Ara, amb mà tremolosa, rasca un llumí i encén una cigarreta, que en ser xuclada li destensa les barres.

—Potser tenen pensat un nom de nen, i un de nena —intervé l'amfitriona, que té a mitges una funda per a la màquina de cosir.

En Jim irromp violentament, tombant la porta d'un cop de peu.

—Quietes! Les mans enlaire!

A les dones se'ls escapa un crit a l'uníson, seguit d'un guirigall d'exclamacions, que silencia immediatament el vaquer.

—Calleu! Poseu ara mateix les vostres labors en aquest sac. I tu, Tatiana, obre la caixa forta i posa-hi la mantellina de ganxet de la tsarina!

—Ah! Això sí que no —contesta la Tatiana—, abans morta!

Com a tota resposta, en Jim Murray l'arregla del braç sense permís i la planta davant de la icona de la Verge de Kazán, que arrenca d'una urpada, deixant a la vista la caixa forta.

—Obre-la! —li ordena furiosament.

Amb les mans tremoloses, després de tres intents la Tatiana li entrega la mantellina, i amb llàgrimes als ulls, exclama:

—Deu t'ho cobrarà!

I ara, atenció! Perquè aprofitant que el vaquer contempla la relíquia extasiat, entra en escena la grossa Lena Vasíliev —l'amiga que en el moment de la insòlita entrada de l'americà no hi era, perquè havia anat a fer pipí. Se li acosta per darrera i li clava una llarga agulla de ganxet al cul. En Jim fot un bot, ensopega amb una cadira, i de rebot, topa l'armari de la vaixel·la, i queda inconscient uns segons, que son aprofitats per les cinc ganxeteres per abraonar-s'hi decididament. En un tres i no res, li han baixat els texans i s'han fet amb els seus calçotets de ganxet.

—Oh! Mireu què diu aquí! —exclama la Tatiana enlairant la delicada peça interior. <<Pel texà més valent, de la seva *mommy*!>>

El texà valent resta petrificat al ser-li arrabassat el tapador d'atributs, i no és fins que sent llegir la inscripció brodada que no reacciona, arrencant a plorar mentre exclama:

—Perdoneu, perdoneu, no ho volia fer! Us ho tornaré tot, però torneu-me el calçotets, per l'amor de Déu!

—No! De cap manera! I tampoc els pantalons! Fora d'aquí, fora! —exclamen les russes. Tot seguit li claven una banderillada d'agulles al cul i l'empenyen fins la sortida amb tal ímpetu, que en ensopegar amb la porta caiguda, provoca una genuflexió del vaquer.

Ara, un cop amb prou feines aixecat, mentre les ganxeteres del Volga continuen proferint-li indesxifrables impropis locals, el valent texà, amb el cul vermell a l'aire, torna a Amèrica refent les pròpies petjades amb el cap cot, plorant llàgrimes de neu.

SFH

En llençar l'últim bitllet de cinc fords que li queda, John envia una ordre de mobilització a uns llavis que, estranyats -han passat tants anys—, obeeixen incrèdulament. Segueixen dues grosses llàgrimes que vessen rellicant fins els llavis somrients. Estan salades. Molt bones.

Aquest bitllet no li servirà on no calen diners, on no li faltarà de res: a la seva nova i definitiva residència de la SFH. Les dues grosses llàgrimes salades no són res més que el preludi d'un bram d'èxtasi que no intenta reprimir en travessar la porta.

En John Apple Coca-Cola formava part del 60% de desnonats d'un món regit pel restant 20% d'enginyers que governaven els robots, el 19% que els ideaven, i el 1% que ho posseïa tot. Després de rodar d'alberg en alberg, malvivint amb els quinze fords mensuals que obtenia de l'esponsorització dels seus cognoms, avui, 7 de juliol de 2038, tenia la sort de formar part de la primera fornada de beneficiaris de la SFH: la Solució Final Humanitària, l'orgull del Govern Mundial Noufordià, el projecte més revolucionari de la història de la humanitat després del socialisme.

SFH 1 era la primera de les cent mega ciutats de cent milions d'habitants que es construïen en tan sols deu anys com a solució final humanitària pels 10.000 milions d'intocables del planeta. Cadascuna d'elles albergaria 10.000 macro gratacels de 10.000 metres d'alçada, que contindrien 10.000 mini apartaments.

Un cub de 3x3x3 metres blanc —el color el deixaven triar— amb totes les comoditats imaginables. Climatització automàtica o regulable a voluntat. Tassa de vàter i dutxa, un llit, una cadira, una aixeta i un got. La joia de la corona era la taula de despatx presidida per la pantalla i el teclat de l'ordinador HUX 1, l'última i més sofisticada obra sorgida de Silicon Valley. Centrada en una de les blanques parets, la porteta de subministrament de pastilles d'alimentació. Totes les proteïnes i vitamines necessàries per a una equilibrada i sana dieta healthy, enriquides amb la medicació receptada pels sensors de la màquina de fer gimnàstica que complementava el mobiliari, blanc. Tot blanc.

Un cop eixugades les grosses llàgrimes, John s'empassà la primera pastilla. L'emoció li havia obert la gana. S'assegué davant la pantalla, i en el que havia de ser l'acte més transcendental del seu dit índex des de que el parí la seva mare, premé el botó del creador de realitat virtual definitiu.

Mentre contemplava la Costa Brava des de la privilegiada terrassa de la suite imperial del Carlton Ritz de Saint Tropez, John es cruspí una llagosta fresca del Cantàbric regada amb Moët Chandon. De postres, premé el botó 314, el clàssic pijama de tota la vida, i en acabar s'estirà a fer una migdiada. Sense adonar-se n'havia engolit l'ampolla sencera.

Tot just llevar-se, acompanyat d'un capuccino, s'entretingué en triar pla pel que seria la seva primera tarda-nit; s'havia de celebrar l'esdeveniment com calia. Després de menysprear el 545, «Visita guiada per nadiu al Louvre», així com el 244, «Plàcida tarda a la Biblioteca Nacional de Bulgària», es decidí pel 669, «Representació de La cavalcada de les Valkíries des de la llotja presidencial del Metropolitan». En sortir, inexplicablement, impel·lit per un dels misteris insondables de la naturalesa humana, es sentí catxondo, i després de dubtar seriosament entre «Desfloració de núvia a la flor de la vida», o «Orgia a la caverne del sado», es decidí per «Nit de putes cares a Montmartre».

Acabà tan esgotat, que amb prou feines arribà al llit, tot i tenir-lo a un metre de distància.

Al dia següent decidí viatjar. Pel matí va pilotar el seu propi jet per tal de fer un tomb per Bombai. I per la tarda, ben abrigat, anà

d'excursió al Pol Nord a bord d'un trineu tibat per dotze ferotges gossos llop.

Passada una setmana de deliri, avui s'ha llevat inquiet. No sap què té, però no està bé. Per més que lleu, el neguit el neguiteja. No s'ho esperava. Es pregunta si potser és la temperatura; potser té calor. La baixa un grau i experimenta fred. «Potser és el grau d'humitat?» pensa. La darrera de les quaranta-tres combinacions de temperatura de sensació li fa veure la llum.

Aire! Aire fresc és el que necessita! Sortir! Quelcom tan senzill com sortir! Ha oblidat talment la senzillesa de la vida, la senzillesa de la naturalitat de la natura. Content pel «gran» descobriment, i somrient-se a si mateix, pren un croissant i un espresso, agafa una jaqueta —per si un cas— i acciona la maneta de la porta per sortir d'un cub, que per primera vegada se li acudeix «una mica caixa forta» perquè no disposa ni d'una sola finestra. No funciona. Estranyat, hi torna. No, no s'obre! «Carai, que estrany». Després de sis intents, cada cop amb més força, s'adona que hi ha un pilot vermell instal·lat sobre el pany que s'encén intermitentment. Baixa el cap i llegeix el text il·luminat:

FUNCIO NO DISPONIBLE.

La funció no és disponible l'endemà. Tampoc passada una setmana, tampoc passat un mes...

LILIANA MERCADO

De petita escoltava meravellada els contes que m'explicava la meva àvia, i quan passejava pel bosc que envoltava la masia, on passava molts estius, "parlava" amb la Blancaneu i la Caputxeta. En el diari escrivia les meves aventures i dibuixava el més destacat del dia: l'enterrament d'una vaca, com picava arbres amb la meva germana per collir fruita o que havia donat pinso als animals dels masovers. Ara, com abans l'àvia Kuky, vull transmetre l'amor per les històries i mostrar que amb imaginació no hi ha fronteres. Per això he escrit un parell de contes per a nens, que espero que agradin als meus nebots.

DONCS DUES TASSES!

Després de donar-li moltes voltes, el Joan i la Carme havien decidit marxar a Puerto Rico a fer les Amèriques. Els negocis familiars feia temps que no rutllaven, i les històries d'èxit d'amics i coneguts els van acabar d'animar. Ho deixarien tot enrere i lluitarien per garantir un futur millor a la seva única filla, la Noèlia, que aleshores només tenia tres anys.

Establir-se a l'illa va ser més fàcil del que pensaven. El caràcter amable i obert de la gent va fer que de seguida se sentissin a gust i gaudissin d'una altra manera de viure: més pausada, més tranquil·la, més alegre. El fet que la mare anés a missa cada diumenge, com a bona cristiana que era, va ajudar que conegués gent ben aviat. Mentre el seu marit s'encarregava de muntar un negoci, ella cosia vestits als sants de l'església, i així és com va començar a rebre petits encàrrecs de les feligreses.

La infantesa de la Noèlia va transcórrer entre platges infinites, mars de color turquesa, palmeres que protegien d'un sol abrasa-

dor, el col·legi de monges, els passejos pel Viejo San Juan gaudint d'una "piragua" de grosella i els jocs amb aquells nens de pell morena que tant la fascinaven.

No va ser fins que va començar els estudis universitaris que es va adonar que els seus pares no veien amb bons ulls que sortís amb els que ells anomenaven morenitos.

Un dia, en tornar a casa va escoltar sense voler una conversa dels seus pares que la trasbalsà.

—¡Ay bendito! M'ha dit la Juana que ha vist la Noèlia de la mà d'un morenito, i ja saps com en són de xafarderes les de la parròquia. Quina vergonya!

—Ah! Deu ser el Juan, el fill del sabater del barri. Està estudiant a la mateixa universitat que la nena gràcies a una beca.

—Tant se me'n dona! No vull que vegin la meva nenita amb un noi de color!

—A la feina ja tinc prou maldecaps. Fes el que consideris convenient.

La mare va agafar la Noèlia per banda i li va dir que tot i que sabia que els morenitos eren bona gent, no volia que s'hi barregés. La família gaudia d'un estatus i prou que els havia costat relacionar-se amb gent de la seva classe.

—¡No te quiero ver con morenitos! M'has entès? El que hauries de fer com a bona filla és sortir amb gent com nosaltres. I ja m'entens, o sigui que no et facis la tonta!

Tal va ser l'estupefacció, que la Noèlia va emmudir; ella, que sempre tenia arguments per rebatre-ho tot. Si bé havia entès a la perfecció el que allò significava, va decidir no fer-ne cas. Com s'atrevia a prohibir-li veure el Juan! Què s'havia cregut! Molt d'anar a missa, resar i donar la tabarra amb allò d'estimar el pròxim, però a l'hora de la veritat menystenien persones pel seu color de pell.

De sobte la Noèlia recordava petits detalls que en el seu moment li havien passat desapercebuts: gestos de desaprovació quan l'havien vist jugar amb aquells nens de pell més fosca, el fet que totes les companyes d'escola eren "blanques", amb nannys que les anaven a recollir i que no et miraven a la cara... i tantes altres situacions que ara prenien un sentit.

Els anys van anar passant, i semblava que l'entreteniment principal de la seva mare era espantar els pretendents que no estiguessin a l'alçada. Però com passa a la vida, hi ha coses que no es poden controlar, potser perquè és el destí. La Noèlia va trobar l'amor de la seva vida en un bar. Era el propietari, el Manuel, que havia estat casat, quasi li doblava l'edat i era morenito.

De fet el coneixia des de feia temps perquè havia freqüentat el bar durant l'època universitària. El Manuel era un home ben plantat, de temperament viu i rialler, sempre disposat a escoltar els clients. El seu caràcter agosarat i emprenedor l'havia portat de ben jovenet a Nova York. Allà havia muntat bodeguitas amb les que es guanyava tan bé la vida, que podia enviar part dels seus estalvis a la família. Al cap d'uns anys però, es va adonar que enyorava massa el mar Carib i la seva gent. A Amèrica va deixar una dona que no volia deixar el seu país, i un negoci que li permetria dedicar-se plenament a un dels somnis de la seva vida: un bar, on la gent es trobés com a casa.

Aquest tarannà va enamorar la Noèlia, que tot i sabent que la seva família no estaria entusiasmada amb el seu company, no va dubtar en contestar amb un sí rotund, quan el Manuel li va preguntar si es volia casar amb ell. Quan es va quedar embarassada, en comptes d'alegrar-se'n, la seva mare estava molt neguitosa i es passava el dia resant. No havia patit prou amb aquella ignomínia? Per fi, va arribar el moment, i el dia que va conèixer la seva néta es va quedar glaçada: uns ulls inquisitius la miraven fixament. Els seus temors s'havien confirmat. Era negra, ben negra! La Noèlia, en veure la cara de la seva mare, li va dir en un to burleta però també carinyós:

— Ja sé com són d'importants per a tu les tradicions familiars, per això el Manuel i jo hem decidit posar-li Carme.

En un petit pis del Raval vivia la Manuela, una vídua de vuitanta-cinc anys que pràcticament només sortia de casa per anar a comprar les quatre coses que necessitava. Quan feia bon temps i les cames l'hi permetien però, li agradava anar a la placeta més propera, on s'asseia en un banc, el seu banc. Allà s'hi podia passar hores observant la gent: nens que jugaven a futbol i no trobaven el moment de tornar a casa, joves amb bicicletes i monopatinats que feien autèntiques filigranes, turistes que ho fotografiaven tot, i homes i dones que portaven aquella roba amb els estampats multicolors que tant la fascinaven.

En els darrers anys, el barri i els veïns havien canviat molt. Amigues de tota la vida s'havien mort, eren a la residència o havien tornat al poble amb les respectives famílies. Ella però no tenia on anar, no tenia ningú.

Aquell matí havia decidit fer les compres aviat per evitar cues i aquelles mirades d'enuig que alguns clients li llançaven quan trigava una mica més del compte a pagar. De vegades tenia la sensació que feia nosa i que ja no valia per a res. Amb aquests pensaments va tornar a casa i en pujar per l'escala va relliscar. Un veí va sentir el soroll de la caiguda i en sortir al replà, va veure la dona estesa a terra i el contingut de les bosses escampat per tot arreu. Amb dues gambades es va plantar al seu costat i la va ajudar a alçar-se. Després d'assegurar-se que estava bé i omplir les bosses, la va acompanyar al seu pis.

—Moltes gràcies, xiquet! Com et dius?

—Omar.

—Jo sóc la Manuela. No t'havia vist mai...

—M'acabo de traslladar fa un parell de setmanes.

—Ah, ja deia jo...

La Manuela estava adolorida i li va demanar a l'Omar si podia deixar la compra a la cuina. Després de servir-se un got d'aigua, el va convidar a un refresc i a asseure's a la sala.

—Així doncs, d'on ets, Omar?

—D'Essaouira.

—On és això?

—Al Marroc.

L'Omar havia deixat la dona i els dos fills amb els sogres i havia vingut a Barcelona a buscar feina. Des de feia un any treballava en un magatzem i fins aleshores havia compartit pis amb uns companys, però gràcies als estalvis i a un amic que tenia contactes, havia aconseguit mudar-se al Raval. Quan s'ho pogués permetre, portaria la seva família.

Uns dies més tard, en tornar de la feina l'Omar va veure la Manuela asseguda en un banc de la placeta i se li va atansar. Al principi la dona no va notar la seva presència perquè estava absorta mirant un grup de noies joves que assajaven una coreografia davant dels finestrals de la biblioteca municipal. Seguia el ritme de la música amb el peu i de tant en tant es posava la mà davant la boca amb cara de sorpresa i feia una mitja rialla.

—Hola, senyora Manuela. Què tal?

—He baixat per distreure'm una mica, i la veritat és que m'ho estic passant la mar de bé. Mira com ballen aquestes noies! Quin ritme! Això sí, de vegades fan uns moviments una mica indecents!

L'Omar es va seure al seu costat i van estar una bona estona xerrant.

Les converses a la placeta es van anar convertint en una mena de ritual i la Manuela esperava aquelles trobades en el banc, que ara ja anomenava el nostre banc, amb il·lusió. Unes vegades es passaven la tarda xerrant de les seves vides, i d'altres romanien en silenci observant el que els envoltava. Aquells eren sens dubte els millors moments de la setmana.

Una tarda van picar a la porta. La Manuela no esperava ningú i quan va mirar per l'espill va veure la cara radiant de l'Omar. En obrir va comprovar que no estava sol. Darrera seu van aparèixer una dona i dos nens vestits amb aquella roba de colors que tant la fascinava.

—Senyora Manuela, li vull presentar la meva família.

—Com és que no m'havies dit res?

—Volia que fos una sorpresa!

Els menuts van preguntar una cosa al seu pare en un idioma que ella no entenia, i en veure que el seu pare assentia i somreia se li van apropar i la van abraçar.

—Els he parlat de tu i estan molt contents de tenir una àvia a Barcelona.

La Manuela es va quedar parada, sense saber ben bé què dir. Dues llàgrimes van rodolar per les seves galtes.

MARIA NADAL

Després d'una llarga malaltia, després de la jubilació i amb molta enyorança de la meva Mallorca, els meus pensaments volaven, les paraules s'entrebancaven, i ningú m'entenia. Ni jo mateixa em sabia explicar. Amb una bona pensada amb els meus amics, vaig decidir començar a pintar i aprendre a escriure, la qual cosa mai havia fet, per tal d'intentar ordenar el meu caos vital. Encara ara continuo amb aquestes pràctiques amb molt d'afany.

LLOC DE TROBADA

Avui és la presentació del llibre "La dona del segon seient del Metro". Les crítiques han estat bones, sembla que tota la trama es desenvolupa a Barcelona, pot ser interessant. A mi em van agradar molt les novel·les de Mendoza, Marsé... els llocs i els ambients sempre resulten desconeguts tot i ser de Barcelona.

L'acte comença a les vuit, em dona temps d'anar-hi. Treballaré fins a les sis. Agafo el Metro, vaig a casa, em dutxo i arribo a temps a plaça Catalunya. FNAC està allà mateix. És un encert viure en el meu pis, al bell mig de Gràcia, ben comunicat i amb tot el que es necessita a prop. Clar, abans, fa seixanta anys era un poble; poble no, Vil·la, i si vols hi pots viure talment, com en una Vil·la.

També m'agrada el títol del llibre. És que el Metro m'ajuda per arribar d'hora a tot arreu, a la feina cada matí, a la platja... i també penso que aquí es podrien gestar moltes històries d'amor, de desamor. Jo, per exemple, cada matí reconec tres o quatre persones i intento endevinar les seves vides.

La noia, molt jove, vestida informal, moderna diríem, sense maquillar, cabell recollit, sabates còmodes, podria ser estudiant. També treballa, fa cara de son, de cansada. El senyor vestit de gris, jo diria que com cada dia, amb corbata, ben afaitat, seriós,

elegant, podria ser director de banc, baixa a plaça Catalunya. El noi jove, no sé què pensar... No sé a què es dedica, va ben vestit però informal, amb ulleres, una motxilla a l'espatlla, i sempre ho observa tot; podria ser professor, baixa a Drassanes, no sé. Després hi ha la senyora gran, no massa, elegant, ben vestida, puja a l'estació de Diagonal... a on deu baixar? Sempre la deixo al Metro i l'he d'observar més, de moment una incògnita. El noi ros, alt, estranger, jo crec que acaba la feina i va cap a casa, està impacient, segur que vol dormir... i altres persones que no són sempre les mateixes. Què deuen pensar de mi? Ni en deuen veure; seriosa, amb són, asseguda al mateix lloc del Metro...

Hi aniré sola, el Lluís no vol sortir enlloc a aquesta hora. Si fora futbol encara, li agrada arribar a casa i descansar.. I si li digués a l'Anna? No, avui no pot, ha d'anar a sopar. A veure com acaba el seu afer, un dia si i l'altre no, veurem, que tingui sort.

Anar-hi amb algú seria més divertit, però no passa res. Ja he entrat a l'FNAC, hi ha molt poca gent, les cadires quasi buides. M'assec a la segona fila. A poc a poc comencen a arribar algunes persones.

Oh, quina casualitat! Veig el noi del Metro, el professor, amb tres persones més. Em mira i s'acosta, em saluda cordial i es presenta.

—Em dic Pau. I tu, com et dius?

—Clara —contesto.

—Clara, encantat de parlar amb tu. Ens veiem cada dia al Metro, suposo que em recordes, espero i desitjo que ser la protagonista d'aquesta novel·la sense saber-ho no et molesti. També voldria la teva amistat i el teu perdó per la meva gosadia. Et diria més coses ara mateix, però tot el que he de dir està escrit en el llibre.

MAL DE QUEIXAL

—Pere, no vull entrar aquesta casa fa por, marxem!

—No podem tornar, hem fet un camí de cinc hores per arribar, hem d'entrar. És nostra la casa i hem d'entrar.

Sense problemes entren, la porta és oberta. No es veu res. Palpant busquen alguna cosa i ensopeguen. La Rosa cau a terra, vol sortir i tornar a casa.

—Rosa, allà sembla que hi ha una escala, dóna'm la mà. He trobat per terra unes espelmes, les encendré. Pugem?

—Pere, no sé...

S'encaminen cap a l'escala amb la sola llum de l'espelma... Un, dos, tres... cent-quaranta graons.

—Pere, no puc, estic cansada. Què és això? Hi ha molta gent, una cua de gent. Van despullats, gemeguen, a on van? Quasi no s'hi veu... Però esperen, què esperen?

El Pere i la Rosa van caminant tot dret. El Pere vol saber què passa també té por, però aquesta casa és seva i no la coneixia, no hi havia estat mai. Qui li havia donat? L'havia comprat? No ho sabia, no se'n recordava.

De sobte veuen una persona asseguda, cridant, cridant molt fort: li treu un queixal un home vestit de blanc. Hi ha una petita llum i es veu l'home vestit de blanc que té molta sang a la bata, a les mans...

En un altre racó una petita llum i un home assegut en una cadira. Una dona li treu del cap unes coses l'home crida, li fa mal. La dona diu: "Un altre! ja en portem quaranta-tres, de polls!". I en un altre lloc una persona amb el cap embenat, callada, quieta i amb una petita llum al costat.

—Pere, correm, correm, aquesta gent espera alguna tortura, anem, anem...!

Tornen enrere i no troben l'escala. L'espelma s'ha apagat, no s'hi veu gens; la gent continua gemegant...

A la fi troben una escala i comencen a baixar. L'escala no s'acaba mai, porten molt temps baixant i no arriben, no arriben... La Rosa va agafada de la mà del Pere. De sobte cau i l'arrossega avall, avall, fins que es sent un cop molt fort: Pam! Ha arribat a terra, s'ha donat un cop la Rosa no es pot moure.

—Pere, Pere, ajuda'm... em fa mal!

—Rosa, què fas a terra cridant? Has caigut del llit, estaves somniant! Descansa, avui has d'anar al dentista. Va, dóna'm la mà.

MARIÁNGELES PRAT

Secretaria de Dirección jubilada, madre de una chica y un chico y abuela de dos niños preciosos. Después de muchos años de escribir cosas formales y aburridas ahora, por fin, puedo seguir mi sueño de escribir todo lo que se me pasa por la cabeza.

EN LA BATALLA

Allí estaba, presidiendo la mesa del comedor como lo había hecho todos los treinta de diciembre de los últimos treinta años, una botella de coñac con la inscripción 1938-1969. Las imágenes, que yo trataba de olvidar, volvieron a mi mente. Un gesto que a mí se me había antojado insignificante me era recordado invariablemente todos los años en la misma fecha. Cuando le decía a García que ya era suficiente, que lo olvidara ya, su respuesta era siempre la misma: “tú me diste todo lo que tenías”.

Yo tenía apenas veintidós años cuando tuvo lugar el “Alzamiento Nacional” al mando del General Franco. En esa época, la docencia como profesor auxiliar de la Escuela Industrial de Barcelona era lo único que llenaba mis días; vivía completamente alejado del mundo de la política. Aquella no era mi guerra, no deseaba combatir ni tampoco me sentía un valiente. Y aunque sabía que era complicado, traté por todos los medios de no verme envuelto en el conflicto fratricida. Solo lo conseguí durante los primeros meses de la contienda. Después, la buena estrella, por así decirlo, dejó de acompañarme y no pude evitar que me llamaran a filas. Gracias a unos cursos de primeros auxilios que había tomado conseguí que me admitieran como auxiliar de enfermería y camillero. Aún así me enviaron al frente.

Nos movíamos en una ambulancia destartalada y curábamos a los heridos en pleno campo. Debíamos trasladarlos a pulso en unas rudimentarias camillas que teníamos que manejar entre dos y que atenazaban nuestros brazos hasta dejarlos entumecidos. Cuando el cansancio nos vencía, al caer la noche, dormíamos donde podíamos; la mayor parte de las veces al raso, o en cuevas naturales normalmente plagadas de pulgas, chinches o cosas peores.

Por suerte no estábamos en primera línea de fuego pero, a pesar de todo, día sí y día también las balas silbaban a nuestro alrededor. Podíamos considerarnos afortunados si acabábamos el día indemnes. Nuestros oídos ensordecían con el sonido atronador de los morteros. El rugir de los bombarderos y los gritos de los heridos, cuyo dolor no podíamos calmar por falta de medicamentos, no nos daban tregua.

Esa tarde, las luces del día palidecían para dar paso a una nueva e inacabable noche, por lo que comenzamos a buscar un sitio donde refugiarnos. Nos disponíamos a entrar en una ermita abandonada cuando, de pronto, una explosión nos levantó literalmente del suelo. Pasados los primeros minutos de desconcierto, intentamos comprobar si todos estábamos bien. Uno a uno íbamos gritando nuestro nombre y rango. No tardamos en darnos cuenta de que faltaba mi buen amigo Josep García. Decidimos dispersarnos para buscarlo y yo me encaminé hacia una columna de polvo y humo que se extendía a pocos metros de donde nos hallábamos. Ya casi había perdido la esperanza de encontrarlo, cuando una voz pidiendo auxilio me guió en la semioscuridad. Allí estaba Josep, ensangrentado, tumbado en el suelo. Alcanzó a esbozar una sonrisa angustiada cuando me vio. “Ayúdame, Emili, por favor, no quiero morir”, me suplicó, y rompió en llanto. La metralla le había causado varias heridas en el muslo y la sangre manaba a borbotones. Con los escasos recursos que tenía y antes de intentar moverlo, rasgué mi camisa y le hice un torniquete lo mejor que supe. Había que evitar a toda costa que se desangrara. Mi compañero, desenchajado, se lamentaba del intenso dolor. A falta de calmantes, a mí lo único que se me ocurrió fue darle la cantimplora de coñac que guardaba celosamente para calentarme durante las largas y frías noches que pasábamos en la intemperie.

Basado en hechos reales

La familia Cabaleiro se vio obligada a huir de su pueblo, Negueira de Muñiz, durante la Guerra Civil española. Amancio Cabaleiro, conocido por sus fuertes convicciones republicanas, no quiso poner en peligro a toda su familia cuando en Galicia comenzaron las purgas y la persecución de todos los que fueran republicanos o estuvieran bajo sospecha de serlo. Durante mucho tiempo la familia huyó de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, sin poderse asentar en ningún sitio. A comienzos de 1939, las circunstancias los condujeron hasta Barcelona. Amancio había oído decir que Barcelona estaba en manos de los “rojos”, por lo que pensó que allí él y su familia podrían estar más seguros. La suerte, o quizás la casualidad, hizo que se encontrara con unos parientes lejanos que, por un módico precio, se avinieron a acoger al matrimonio y sus tres hijas.

Aunque tenían algunos ahorros, el dinero que les quedaba después de tanto tiempo de ir y venir era escaso. Amancio trapicheaba con todo lo que podía y su mujer, María Elena, y las tres niñas intentaban sacar algo de dinero tejiendo ropa de bebé, bufandas, calcetines y todo lo que se les ocurriera.

Un día, ya finalizada la guerra, los parientes que les habían acogido les comentaron que conocían a un distinguido industrial catalán, don Francesc Font, amigo de unos amigos, que tenía cinco hijos pequeños y que necesitaba una niñera. Propusieron a Amancio que enviara a su hija mayor, Jesusa. Ya tenía catorce años y estaba acostumbrada a cuidar de sus hermanas menores, e incluso a realizar las tareas propias de un ama de casa. Seguro que ella encajaría a la perfección y les ayudaría a paliar las penurias. El único inconveniente era que tendría que trasladarse fuera de Barcelona.

Así es como Jesusa, por primera vez en su vida, se vio viajando en tren sola hacia un destino que le era totalmente desconocido. Era invierno y el frío arreciaba sin piedad. Grandes copos de nieve caían sin descanso y el color gris se había apoderado del cielo. Jesusa pasó todo el viaje extasiada, contemplando la nevada a través de los cristales empañados del tren. Cuando

llegó a la estación de Llissà, bajó del tren, y aterida de frío, miró con inquietud a ambos lados del andén casi desierto. No parecía haber nadie esperándola, como le habían prometido, y sintió cierta desazón. Cada vez más nerviosa, se dirigió a la salida con la maleta raída que contenía sus escasos objetos personales y algunas mudas de ropa. Entonces lo vio. Boina en mano, un campesino de cara curtida y profundas arrugas, sentado en el pescante de una tartana tirada por una mula, le hacía señales con la mano. Vacilante, Jesusa se dirigió hacia él al tiempo que él descendía del carromato. Tras preguntarle si era la señorita Jesusa, la ayudó a acomodarse en la parte posterior del carruaje que le conduciría a su destino: la Colonia Textil Vila Font, donde los señores que serían sus patronos tenían también su residencia, en las afueras de Llissà.

Los primeros días se le pasaron volando. Tenía mucho que aprender: conocer a los niños y las costumbres de la familia, recordar la lista de tareas que tendría que hacer y un sinfín de detalles necesarios para la buena marcha de la familia. Las jornadas eran interminables. Comenzaban antes del amanecer y finalizaban bien entrada la noche. Y la señora Font la vigilaba de cerca. Pero ella no se dejaba arredrar y, aún añorando terriblemente a su familia, se iba amoldando a su nueva vida. Únicamente una cosa la hacía sentirse incómoda: la presencia del señor Font, de aspecto imponente, alto y fornido, con su gesto adusto y poco amigable.

Todos los lunes, la señora Font la enviaba al pueblo a comprar leche, pan, huevos y otros alimentos de primera necesidad. Para ello tenía que presentar la cartilla de racionamiento que tenía asignada la familia. Jesusa se veía obligada a levantarse aún más temprano de lo habitual y caminar media hora cruzando descampados en los que no se veía ni un alma. Había oído decir que el camino era peligroso porque, a veces, los maquis bajaban de la montaña y robaban lo que podían para subsistir.

Uno de esos lunes, el señor Font salió a su encuentro al volante de uno de los pocos coches que se podían ver en aquella época: un Hispano Suiza, modelo 1928, que funcionaba a gasógeno. Se ofreció a llevarla y Jesusa, un poco reticente, aceptó. Así podría

regresar antes. Iniciaron la marcha en silencio. El camino que tomaron le era desconocido, pero pensó que ella siempre tomaba atajos y no le extrañó. Pasados unos minutos vio cómo cruzaban el pueblo y lo dejaban atrás, y un escalofrío de aprensión le recorrió el cuerpo. “Señor Font, creo que nos hemos equivocado de camino”, dijo tímidamente. Él, sin contestar, la miró con una extraña sonrisa y siguió adelante. Condujo un largo trecho y tomó un solitario camino de carros. Cuando se supo lo suficientemente lejos de miradas indiscretas, detuvo el automóvil.

Sin preámbulos ni miramientos le dijo a la muchacha: “¡vamos, quítate la blusa, muéstrame tus encantos! Tengo algo para ti que te va a gustar.” Presa tanto del asombro como del pánico, ella comenzó a llorar y a rogar que la dejara ir. Fue en vano. Font no tuvo contemplaciones. Primero le arrancó la blusa, luego el resto de la ropa. De nada sirvieron los gritos y súplicas de Jesusa. Nada lo detuvo. El energúmeno en que se había convertido el “distinguido industrial” le tapó la boca con una de sus inmensas manos para acallar sus alaridos y la amordazó con su propia ropa. El forcejeo fue injustamente desigual. Al poco, los lamentos de Jesusa fueron perdiendo fuerza. La joven pareció ceder ante lo inevitable. Su cuerpo se relajó. La cabeza cayó hacia atrás. Las manos se desplomaron a ambos lados de su cuerpo, inertes.

MERCÈ SERRA

Sóc la Mercè Serra, tinc cinquanta-set anys, soc mestra d'Educació Especial i estic afectada de paràlisi cerebral. Des de sempre he sigut una apassionada de la lectura fins al punt de que no puc dormir-me sense haver llegit una estona.

Sempre i amb el suport familiar, he fet una vida del més normalitzada possible. Vaig anar a una escola de Formació Professional en un barri marginal, perquè no vaig trobar escola que m'acceptés per fer BUP i COU. Tot seguit vaig passar amb accés directe a la universitat, i allà vaig convertir-me en la primera mestra de l'estat espanyol amb paràlisi cerebral. Ningú sap el que vàrem haver de lluitar els meus pares i jo.

Tot seguit vaig troba feina, em vaig casar, em vaig separar i ja fa uns anys que soc vídua. Durant tretze anys he viscut en una residència, per la qual cosa la primera etapa dels escrits son de temes relacionats amb la vida residencial o bé amb l'entorn familiar.

Ara, en aquesta darrera etapa els contes tenen més imaginació i creativitat.

NÚRIA

La Núria és una noia de setze any molt madura, de família treballadora, que ha guanyat una beca per anar a fer el batxillerat internacional a Mostar, Bòsnia. Allà trobarà companys de tota mena d'ideologies, races... La Núria s'hi trobarà molt còmoda perquè és una noia que des de ben petita ha tingut molt desenvolupada l'empatia.

Mostar és una ciutat situada a la part nord de Bòsnia on els carrers tot són pujades i baixades, i a més a més són molt estrets; la qual cosa li fa pensar en que la seva estimada tieta Laura, amb la que la Núria es troba força unida, no podrà anar a veure-la i com-

partir encara que sigui per uns dies les seves vivències.

La Laura es va quedar tetraplègica degut a un accident de cotxe quan encara era una nena, la qual cosa l'obliga a desplaçar-se amb una cadira elèctrica que condueix amb un comandament situat a l'alçada de la barbeta; però, malgrat les barreres humanes, això no li ha sigut cap impediment per fer vida normalitzada, cosa que la Núria valora molt en la seva tia.

Quan per Nadal va tornar a casa dels pares tres setmanes, un cop va haver descansat del viatge en el seu llit, el primer que va fer és anar a veure a la Laura a casa seva.

—Hola, Laura —va dir la Núria, ja que a la tieta no li agrada que els nebots li diguin tieta.

—Hola Princesa, què tal el viatge?

—Mira, bé, molt embolicat amb les escales dels aeroports, però l'important és que ja soc aquí.

—Doncs em sembla perfecte. Escolta, per cert, l'altre dia en un dels últims whatsapps que em vas enviar, vas explicar-me que malgrat haver passat la guerra, encara hi havia picabaralles per motius religiosos. No ho entenc.

—Laura, has de pensar que a la meua escola hi ha tres pisos, en el primer estudien els musulmans, en el segon estudiem nosaltres, es del batxillerat internacional, i finalment en el tercer estudien els cristians.

—O sigui que la guerra no va servir de res. Solament per fer destrucció massiva i liquidar a la població civil, a més de deixar-los amb més misèria de la que tenien encara.

—Això sembla. Ara he de marxar, que he quedat amb uns amics. Ens veiem, Laura.

—Ens veiem, Princesa.

Una residència com qualsevol, que pertany a una fundació qualsevol. Aquesta fundació es va crear a Londres amb l'objectiu de fer una llar a les ciutats més importants del món. A Catalunya té vuit o nou cases, mentre que a la resta d'Espanya no n'hi ha cap. Potser els membres de la fundació van crear la independència abans que nosaltres.

Bé, doncs passada la presentació us explicaré una mica com és un dia a la residència on jo visc.

Pel matí, a l'hivern, la majoria dels cuidadors ens desperten obrint el llum principal del nostre cantó de l'habitació, i ens destapen sense dir res. Tot seguit ens posen el Micralax el dia que ens toca dutxa, perquè evacuem a una hora determinada; no ho podem fer ni abans ni després. Ens deixen una estona perquè fem les nostres necessitats al bolquer, ja que és més fàcil així que assegurar-nos allà on correspon. La roba ha de ser dos o tres talles més gran del que necessitem, i no podem portar texans, ja que costen de pujar.

A dos quarts de deu ens posen l'esmorzar, que per a molts cada dia és el mateix: entrepà de pa de motllo amb pernil en dolç o dues llesques de pa normal amb el mateix acompanyament i un suc de marca no t'hi fixis, o un cafè amb llet (la llet de marca semblant a la del suc, i el cafè el típic cafè americà light; fitxeu-vos què bo és, que els cuiners no s'ho prenen).

Un cop hem esmorzat, qui estudia o fa alguna activitat fora de la residència marxa a fer la seva. Dels trenta residents que vivim allà només som dos o tres els que fem vida fora d'aquella casa, ja que la resta o estan molt fotuts o bé s'han rendit, o ambdues coses, i es passen el matí mirant la tele, o si hi ha sort i venen voluntaris, fan jocs de taula o manualitats.

Mentre els cuidadors esmorzen, aquella mitja hora o tres quarts és sagrada per a ells encara s'ensorri la casa, és igual, ja ho arreglaran després. Tot seguit és l'hora d'anar al bany, o els que porten sonda han de buidar la borsa que duen a la cama. Després es mira la tele o continua el joc, depèn de dia.

Cap allà dos quarts d'una dina el primer torn. Encara que no sé

si dinen o engoleixen, ja que suposadament aquesta gent ha de menjar molt a poc a poc perquè del contrari s'ennueguen, però no senyor!, una cullerada rere l'altra i quant més plenes millor, així s'acaba abans. Tot seguit dina el segon torn, el meu. Hi ha dies que el menjar no saps què és; no té sabor, no té olor, de manera t'ho menges depenent de la gana que tinguis. El mateix passa amb el sopar: sempre hi ha o sopa o puré de primer plat, i de segon una d'aquelles coses indefinides que no saps mai què punyetes és, bàsicament perquè a part de no tenir olor ni sabor, està fet des de les quatre o quarts de cinc com a molt.

Però ens hem quedat en el dinar del segon torn. Continuem.

Després del dinar es repeteix altre cop el ritual d'anar al bany o buidar les borses dels que porten sonda... Això sí, quan pujo a la meva planta, on hi ha el despatx de l'equip directiu, sempre em trobo la mateixa postal: les dues treballadores socials parlant amb un resident al que li diem "el senyor gerent".

Llavors hi ha un canvi de torn de cuidadors. Durant aquesta mitja hora que dura el canvi, quan gairebé tothom està fent la migdiada és quan millor puc treballar, ja que després piquen els timbres, hi ha les dutxes que no s'han fet pel matí, i s'enllita la gent que no pot aguantar fins a última hora de la tarda (segons l'equip tècnic, que a vegades sí que tenen raó de fer-ho, però n'hi ha d'altres en les quals els residents que enlliten a primera hora de la tarda dormen les primeres dues hores i la resta se la passen picant al timbre perquè s'avorreixen i volen que els cuidadors estiguin per ells, com la canalla).

El més divertit és l'hora de berenar, quan no hi han ni l'equip directiu ni el tècnic, perquè és quan un ve amb un parell de cerveses de més i es fica amb tothom, l'altre plora perquè no ha vingut a veure'l el seu familiar, l'altre... de manera que de vegades penso, això és una residència o una guarderia?

A dos quarts de vuit és l'hora de sopar, i ja us he explicat abans com és el sopar; i tot seguit venen les carreres per ficar-nos al llit de seguida. Això, a l'hivern encara, perquè fa molt fred, però ara a ple estiu que hakis d'enllitar-te entre les vuit i les nou, que és quan millor s'està al pati, per a mi és un càstig. A més a més, no pots arribar més tard de les nou perquè si no t'enlliten a partir de

la una de la nit, i t'aixequen la primera de la teva planta. I és que el torn de nit, si et troba aixecat, no volem saber la bronca que et cau. Els has de donar tota mena d'explicacions , tot i així, no et fiquen al llit fins a la una de la matinada.

Conclusió: que per viure en un lloc així cal tenir un parell de....

Encara que aquest escrit sembli una paròdia, és la pura i crua realitat.

TERE BAS

Creo que siempre me ha gustado escribir y por supuesto leer. Ahora que la vida me concede más tiempo para mí, intento perfeccionar poco a poco la escritura. Me encantaría escribir en catalán pero mi vocabulario aún es escaso y por eso siempre lo hago en castellano.

CRIS

El doctor Galdán dio por finalizada la autopsia de la joven. Se sacó el gorro, los guantes y la bata y salió a respirar un poco de aire fresco. La muerte seguía impactándole, y en aquella ocasión el padre de la víctima era uno de sus mejores amigos; uno nunca se acostumbraba del todo a la frialdad que envuelve a la morgue, al blanco aséptico de sus paredes y a la manera silenciosa en que se expresan los muertos.

Aunque el suceso había ocurrido en las inmediaciones de un pueblo bastante alejado de la ciudad de Barcelona, por su gravedad lo habían derivado al Instituto Forense Condal, donde Galdán era la máxima autoridad.

A la mañana siguiente, a primera hora se presentaría en su despacho el inspector Martí y analizarían juntos las conclusiones a las que había llegado.

Ambos eran, junto con el padre de la chica, grandes amigos desde la infancia y en muy raras ocasiones le imprimían un aire dramático a sus respectivos trabajos; la muerte convivía con ellos tanto como la vida. Recordaba, como si hubiese sido ayer, el nacimiento de Cris. Entonces él aún era soltero y la pequeña se convirtió en el objeto de todos sus mimos. Hasta su hijo, años después,

le reprochaba su adoración por ella.

Volvió a la realidad y fue directamente a su despacho. Sobre la mesa estaba la transcripción de su trabajo. Recogió las cosas y se fue a casa. Necesitaba un poco de calor humano, aunque estuviese envuelto de tristeza.

El cuerpo de Cris lo habían encontrado unos excursionistas, oculto entre la maleza del bosque que rodeaba el camino de acceso al pueblo. Era una zona inhóspita, prácticamente intransitable, y fue por pura casualidad que uno del grupo lo encontró. Su aspecto era horrible.

Galdán y Martí se reunieron a las nueve en punto de la mañana. Se les veía abatidos y preocupados.

—¿Has llegado a alguna conclusión de lo que le pudo ocurrir a Cris?

—He llegado a las conclusiones técnicas pertinentes, nada más. El cuerpo presentaba fuertes contusiones, pero ninguna señal específica de que la forzaran. Llevaba varios días allí. Se suponía que estaba de viaje, así que no denunciaron su desaparición. No descarto que hubiese sido atropellada en algún sitio cercano y trasladada después a esa parte del bosque. Tenía numerosos cortes en la zona de las rodillas, lo que me lleva a sospechar de los faros de algún vehículo. Tienes todo eso en las pruebas que te he enviado a la comisaría. Quien lo hizo procuró esconderla bien; sin la ayuda del azar hubiésemos tardado mucho más en dar con ella.

—Entonces ¿crees que el autor de los hechos conocía bien la zona?

—Sí, no me cabe ninguna duda.

—¿Alguien del pueblo?

—Tal vez, pero podría tratarse también de algún visitante habitual. Veraneantes como nosotros.

—Bien, me pondré a ello en cuanto llegue al despacho. Estaremos en contacto.

Debían ser las seis de la tarde cuando Galdán recibió la llamada del inspector, pidiéndole una reunión cuanto antes. Había algo de lo que tenían que hablar con urgencia.

—Después de analizar minuciosamente la altura de las heridas

de las rodillas, la científica ha llegado a la conclusión de que se corresponden con un vehículo deportivo, bajo y aerodinámico. Parece que los coches que encajarían con dichas lesiones son, entre otros, los Porsche. No hay muchos que tengan un coche de esos entre los habituales de la zona. Aparte de ti, creo que solo hay dos más.

El silencio y la tensión se hicieron palpables en el ambiente. Galdán arqueó las cejas y miró fijamente a su amigo.

—¿No sospecharas de mí, verdad?

—Lo siento pero hemos de investigar a todos. Por mi parte puedes estar tranquilo, eres la última persona de la que sospecharía. Ya sé cuánto querías a esa chica.

—No digas tonterías. Es cierto que era especial para mi pero todo puesto dentro de su propio contexto.

—Te dejo. Solo quería que supieses, por mí, que van a hacerte preguntas relacionadas con el caso.

—Te lo agradezco mucho.

Galdán caminó lentamente hacia el despacho mientras la angustia lo consumía. Recordó cómo había retirado uno a uno los numerosos cristales de las piernas de Cris y los había ocultado en el bolsillo del pantalón, para deshacerse de ellos rápidamente en la calle. Jamás hasta ese momento había escondido una prueba, así que tenía motivos de sobras para estar preocupado. Era un hombre muy preparado, y sin embargo no sabía lo que debía hacer. Lo primero era pensar en las respuestas que daría a la policía. Lo lógico sería llamar a su abogado. Siguió andando un buen rato y decidió volver a casa. No tenía ganas de ver a nadie.

Para su sorpresa, Alex estaba allí.

—¿Tú no tendrías que estar en clase?

—Te estaba esperando

Los dos mantuvieron una fría mirada, que confirmaba la peor de las sospechas.

—¿Por qué? —preguntó Galdán—. Creí que el gesto de acompañarla al aeropuerto era una muestra de vuestra buena amistad. No sabes lo que has hecho, y lo que me asusta más es que no sé cómo vamos a salir de esta.

—Lo hice por ti, por tu culpa. De niño la antepusiste siempre a mí, demostrando que todo era poco para ella, y a medida que se fue haciendo mayor tu obsesión fue a peor. ¿Hasta dónde hubieses llegado?

—Estás muy equivocado, hijo.

—No, creo que no.

Alex salió de la estancia y volvió con un sobre en la mano. Se lo tiró a su padre. Por el suelo se esparcieron un montón de fotos de Cris y no precisamente de su infancia.

Galdán las recogió una a una y volvió a guardarlas con sumo cuidado.

—No se merecía morir. Ella no.

—Pues ahora te tocará vivir sin ella y sin mí. Me gustaría escuchar cómo justificas los hechos ante los demás; cómo salvas tu dignidad sin sentirte culpable cada día, cada hora. Lo creas o no, te he hecho un gran favor.

Acto seguido Alex se dirigió a la ventana del espacioso ático y, sin mirar atrás, saltó por ella mientras su padre ahogaba un grito de horror.

¿DONDE ESTÁS?

Cuando Marta le dijo que debía trasladarse a Nueva York para cubrir, temporalmente, la baja de Ángel, el corresponsal actual, a Jorge le pareció lo más normal del mundo. A ella le encantaba vivir las noticias en primera persona. El, un hombre más bien frío y calculador, vivía semiescondido entre las páginas de sus libros y nunca pensó en enamorarse, pero ocurrió y supo, desde el primer momento, que su amor competiría siempre con las ansias de libertad de ella. Esta vez la separación le venía muy bien, ya que necesitaba un poco de tranquilidad para dedicarse de lleno a su última novela; a su experto detective, Juanjo Querol, le conve-

nía entrar de nuevo en acción. Había pasado demasiado tiempo desde que le habían publicado la anterior y parecía que por fin la inspiración volvía a acompañarlo.

El sol de la tarde entraba a raudales por la ventana de su acogedor estudio; el piso era más bien pequeño, un ático caprichoso, pero suficiente para ellos dos.

Miró el móvil por enésima vez. Le molestaba soberanamente estar pendiente del teléfono, que solía tener apagado o en silencio. Comprobó en la aplicación de seguimiento de vuelos que el de Marta había aterrizado en el JFK hacía ya más de tres horas. La volvió a llamar sin obtener respuesta y le escribió un whatsapp. Seguiría esperando.

El tiempo volaba ante el teclado y la noche se le echó encima casi sin darse cuenta. Movié de un lado a otro las cansadas cervicales, se masajeó el pelo y estiró los brazos para desentumecerse. Apagó el ordenador y decidió bajar a comer algo al bar de delante. Antes de entrar hizo otro intento de hablar con Marta. Empezaba a estar preocupado. ¿Por qué no le había preguntado en qué hotel iba a alojarse? Simplemente porque nunca lo había hecho, se respondió de inmediato.

No logró pegar ojo en toda la noche. Se estaba volviendo paranoico, como algunos personajes de sus novelas. Su imaginación lo llevó a pensar en las más absurdas razones de aquel silencio.

En cuanto amaneció llamó a la redacción del periódico donde ella trabajaba y habló con su jefe; sin ninguna duda esa fue la conversación más humillante de toda su vida. Ni Ángel estaba de baja, ni Marta había ido a Nueva York a cubrir nada. De hecho se había despedido de allí la semana anterior alegando motivos personales.

Deambuló de un lado para otro sin entender nada de lo que estaba pasando. ¿A qué podía deberse que el futuro de su novia fuese un secreto para él? Analizaba una y otra vez los últimos días con ella, sus gestos, sus conversaciones; todo le parecía normal.

Alquiló una casa en un alejado pueblo de montaña y la convirtió en su refugio. Dejó atrás sus emociones y su pasado. Ya no le interesaba nada de lo que ocurría en el mundo, y se desconectó

de todo y de todos. Solo lo salvaba de su aturdimiento la aguda inteligencia de Querol. Mientras uno pensaba, el otro escribía sin descanso.

Había pasado algo más de un año desde la publicación de su novela “¿Dónde estás? ”, que se encontraba en todas las librerías como número uno en ventas. Ahora debía reunirse con su editor para comer en el centro de la ciudad. Llegó con algo de antelación y se dedicó a hojear un periódico que había sobre la barra.

En portada, la espeluznante noticia sobre la explosión ocurrida en las inmediaciones de una ONG en África lo dejó paralizado. Varios reporteros habían fallecido mientras grababan una protesta humanitaria. La foto de Marta estaba entre la de las víctimas. Entonces supo que, sin ninguna duda, su siguiente libro volvería a ser un éxito.

